





HUIDA A CIEGAS



Rocío Guerra

HUIDA A CIEGAS



Primera edición: julio 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Rocío Guerra

© Lámina de portada: Rocío Guerra

ISBN: 978-84-18366-30-7

ISBN digital: 978-84-18366-31-4

Depósito legal: M-19315-2020

Editorial Adarve

c/Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre, Ricardo.



PRIMERA PARTE



1

Eran las 17:45 de la tarde y estaba anocheciendo. El autocar avanzaba por la carretera en dirección Cenicientos. Había poca gente en el vehículo, ya que se habían subido pocas personas en Sotillo de la Adrada.

Dentro del autocar no había mucha gente, unas 10 o 12 personas. Alguna que otra dormitaba en su asiento, miraba por la ventanilla o leía el periódico. Pero había una persona que no hacía nada, simplemente miraba al frente, y se llamaba Tomás.

Había cogido el autobús en el pueblo anterior, hacía apenas cinco minutos, para visitar a su tía Jimena, que vivía en Madrid. De repente, alguien dijo:

—Jo. Qué lento va el coche. Y eso que hemos salido pronto de Sotillo.

Al oír la voz, Tomás pensó:

«Lo que he hecho, hecho está».

Cuando estaban a punto de llegar a Cenicientos, el chófer sintonizó la radio y subió el volumen. Al ver que

seguían con la misma noticia desde primera hora de la mañana, respiró resignado y la apagó.

—Parece que siguen con lo mismo —dijo la voz de antes.

—Sí. Y no tiene visos de cambiar —dijo otra voz.

Antes, Tomás no se había asomado a ver quién hablaba, pero esta vez sí lo hizo.

Detrás de él había dos personas. Una era una joven con pelo largo, y el acompañante un hombre de unos 40 años, moreno y con gafas de montura azul.

El hombre observó de hito en hito a Tomás, y este se apartó, amedrentado.

—Sí. Y lo más gracioso de todo —continuó el hombre— es que todavía no lo han cogido. Lo más extraño, es que le llaman «el tres supervivientes».

2

Por fin llegaron a Cenicientos. Antes de llegar a la parada, que se encontraba en el centro del pueblo, la joven y el hombre adulto se levantaron de su asiento y cogieron los abrigos. El hombre sacó de debajo del asiento un bolso de mano de piel color caqui y otro marrón claro. La joven cogió uno de los bolsos que le tendía su compañero de viaje, y enfilaron el pasillo del autocar en dirección a la salida.

En cuanto los viajeros sacaron las cosas del maletero, el chófer recogió a otros. Hubo un poco de follón en la puerta del autocar porque un grupo de amigas se estaba despidiendo. En cuanto subieron, se fueron directamente hacia la parte trasera del vehículo.

Tomás, como quien no quiere la cosa, se fijó en las chavalas, y deseo estar con alguna de ellas, pero lo rechazó de plano. Por lo general, era un joven muy solitario. No tenía amigos, y siempre estaba deseando hacer alguno. Vivía con su madre y una hermana dos años mayor que él en Arenas de San Pedro.

Tenía 17 años, no era muy alto. Medía 1'60 y tenía un acné terrible. Pelo castaño claro y ojos marrones que tapaba con unas gafas redondas. No tenía novia. Iba al instituto El Cid Campeador. En cuanto volvía de clase, se encerraba en su habitación, donde ponía la radio y estudiaba. Y así los cinco días de la semana. Los fines de semana, sobre todo el domingo, se iba al cine, y allí era feliz. Se compraba palomitas y Coca-Cola, y disfrutaba plenamente de la película que consistía mayoritariamente en grandes estrenos.

3

—¿Alguien más va para Madrid? —gritó Cosme Martín, el chófer.

«Venga. Cierra la puerta, que hace frío», pensó Tomás, molesto.

Sin más, el chófer cerró la puerta y emprendió el camino. Pero apenas había avanzado un trecho cuando Cosme tuvo que dar un fuerte frenazo, y el autocar se detuvo en seco. El motivo, un coche patrulla de la Guardia Civil, que interceptaba el paso.

—Pero bueno. ¿Qué pasa ahora? —preguntó el chófer.

Por el enorme parabrisas vio cómo la pareja de la Guardia Civil se bajaba del coche y se acercaba al autocar. Cosme abrió la puerta para que subieran.

—Buenas tardes. ¿Qué ocurre?

—Buenas tardes. Buscamos a Tomás Cuadrado Peña —dijo uno de los guardias, de anchos bigotes.

—¿Tomás... qué? —preguntó Cosme, sin entender nada.

El guardia se sacó del bolsillo interior del abrigo una foto. Subió los tres escalones del vehículo y se la entregó al chófer.

Era una fotografía en blanco y negro. Tomás aparecía del pecho para arriba con una chaqueta vaquera y un jersey blanco de cuello alto. Por lo que Cosme veía, el chaval era igual que los cientos de chicos que cogían habitualmente el bus todos los días.

—Mire... —empezó a decir Cosme—. Yo recojo a muchos chicos como este, y no ando fijándome todo el rato.

Mientras los guardias civiles estaban entretenidos con el chófer, Tomás miró por encima del asiento de delante. Desde allí, podía ver sin ser visto y escucharlo todo.

«¡Que rabia! Cuando estaba a punto de escaparme...» pensó, con frustración.

—Siento mucho no poder ayudarles —dijo Cosme—; si quieren, pueden mirar en el autocar para ver si encuentran a este chico.

—Nos parece bien —dijo el guardia civil de anchos bigotes, dirigiéndose al otro.

«¡Mierda! ¡Van a atraparme!».

Pensó en escaparse por la puerta trasera del autocar y esconderse en Cenicientos. Pero no conocía a nadie, y mucho menos sabía de ningún sitio donde esconderse.

Mientras pensaba qué hacer, los guardias miraban a los pasajeros y les enseñaban la fotografía para saber si le conocían.

«¡Dios! ¿Qué hago?» pensó, comenzando a asustarse de verdad. Pero ya era demasiado tarde, porque los guardias civiles estaban a punto de llegar donde estaba él.

De pronto, Tomás deseo estar en otro lugar, o mejor aún, poder esconderse bajo los asientos. Pero era demasiado estrecho, y no había ningún otro sitio donde ocultarse.

—¿Tomás Cuadrado Peña? —preguntó una voz.

Tomás levantó la vista, y vio a los dos guardias civiles mirándole.

—Es él, ¿verdad? —susurró el otro guardia, que era rubio y bastante alto.

El otro guardia, que se llamaba José María, observó la fotografía que tenía en la mano, y después miró al chaval.

—Sí. Es él —dijo, guardándose la fotografía en el bolsillo interior del abrigo.

Bueno. Así que te llamas Tomás —dijo Óscar, el rubio—. ¿Te apetecería venir con nosotros?

—¿Por qué? —preguntó el joven, sabiendo lo que ya sabía.

—¿Que por qué? —preguntó a su vez Óscar—. Porque ayer por la tarde hiciste algo muy extraño.

—Ah, eso —dijo Tomás, sin darle ninguna importancia.

—Porque sabes qué es lo que hiciste, ¿verdad? —preguntó José María, con cautela.

—Yo no he hecho nada malo. Solo les dejé dormir —dijo Tomás, como quien no quiere la cosa.

—Este chaval está como una cabra —susurró José María.

—Bueno, qué, ¿quieres venirte con nosotros? —preguntó Óscar.

—Se va a venir tanto si le gusta como si no —dijo José María, de malhumor.

—Vale —exclamó Tomás, como si se fuera de excursión.

En cuanto bajaron del autocar, caminaron los tres por la carretera medio en penumbra. Mientras los dos guardias civiles caminaban, Tomás que iba un poco rezagado y con la cabeza gacha, se sacó del bolsillo trasero del pantalón una cuerda blanca y fina y se la guardó en la mano derecha. Después la desenrolló, y fue tomando posiciones detrás de Oscar.

Mientras tanto, los guardias, ajenos a lo que se les venía encima, hablaban entre ellos:

—Ha sido muy fácil —dijo el rubio.

—Sí. Pensaba que se iba a poner farruco el chaval —contestó José María.

El ataque llegó de repente, sin darle tiempo a reaccionar. Tomás pasó la cuerda por encima de la cabeza de Óscar y tiró hacia atrás. José María se asustó y gritó:

—¡*Mecagjen...*!

Intentó, sin éxito, apartar las manos de Tomás, pero fue inútil. Parecían de acero.

Mientras tanto, el pobre Óscar luchaba por un trago de aire, e intentaba quitarse, sin mucho éxito, la cuerda que aprisionaba su garganta.

«Es inútil. Lo está matando y yo no puedo hacer nada», pensó su compañero, con impotencia.

Por fin, Tomás acabó con la vida de Óscar y, tras guardarse la cuerda en el bolsillo del abrigo, observó sonriendo y sin ningún atisbo de arrepentimiento a José María.

«¡Dios! Lo ha matado —pensó José María, paralizado—, tendré que dispararle».

Pero el chaval tenía otros planes.

Antes de que pudiera reaccionar, Tomás cogió el arma del difunto y, sin mediar palabra, le disparó al otro guardia en una pierna.

Mientras José María se retorció y gritaba de dolor en el suelo, el joven se acercó y le dio con la culata en la cabeza para dejarlo inconsciente.